



ROMANCE QUE TRATA DE UNA VAQUILLA BRAVA QUE SE ESCAPO DE LA PLAZA DE LASTRAS DE CUELLAR Y DE LOS APRIETOS EN QUE PUSO AL PERSONAL Y DE COMO EL SANTO ANACORETA DESCENDIO A AMANSAR SU BRAVURA Y HUBO PAZ



En la provincia de Segovia, en el pueblo de La Lastra, ha ocurrido un gran suceso, tal como aquí se proclama.

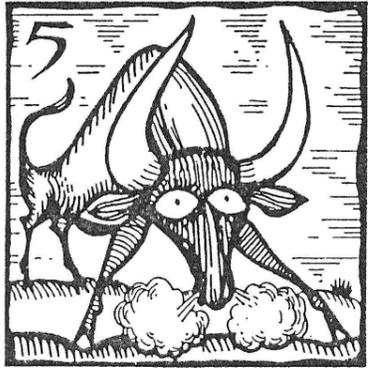
En las fiestas patronales, muy célebres y nombradas, se ha escapado una vaquilla como la mar cuando embrava.



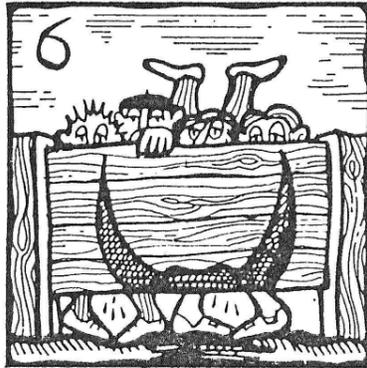
Ha corrido por las calles, se ha metido en muchas casas y las mujeres, al verla, quedan perplejas, sin habla.



Qué tiberío por las calles, de doncellas y de infantas. Y cómo los viejos se aupan en las verjas y ventanas.



Dicen que la vaca tiene en los ojos luminarias que infunden pánico y miedo y hasta terror con mirarla.



Muchos mozos fanfarrones huyen al verla lejana y algunos que pilla cerca el vientre se les ablanda.



Más de una moza se ha visto correr que corre, apurada, con el cuerno en el trasero y desgarradas las bragas.



¡Santo Dios con la vaquilla, los destrozos que levanta, ni un huracán desbocado embiste con tanta rabia!



Venga el señor alcalde y el cura con su sotana, venga la guardia civil con su tricorno a apresarla.



Que nadie puede con ella, ni el obispo que intentara, ni el mismo gobernador que todo lo puede y manda.



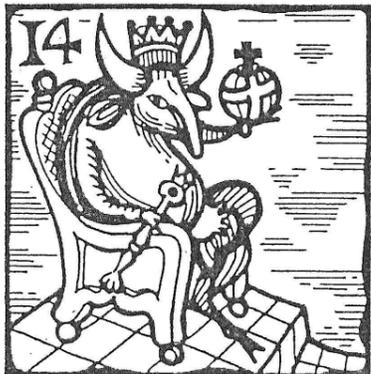
Pasan por allí dos músicos callejeros tarabanas, dos soñadores risueños que tocan tambor y gaita.



Suena en el aire su música como si un ángel tocara. Sólo entonces la vaquilla sosiega su brusca calma.



Ya no hay trotes ni mugidos, ya no hay sustos ni cornadas; reina la paz en las calles, la fiera se torna mansa.



Los músicos solicitan buen trato para la vaca. Y la gente les responde: «Como a reina soberana».



Saca el tabernero vino, el mejor de la garrafa, brindan todos, todos beben y aquí no ha pasado nada.



Rebulle el pueblo tranquilo, feliz en medio la plaza, y los músicos, contentos, cogen los trastos y marchan.



No se montan en caballos con crines muy bien trenzadas, tampoco en coche de tiro, ni en auto de cinco marchas.



Que se elevan por los aires en busca de su morada, pues los músicos son santos de raigambre segoviana.



San Frutos bendito es uno, «El Pajarero» le llaman; y es su hermano Valentín el santo que le acompaña.



Que nunca transcurre un año sin que derrame su gracia entre los fieles devotos que en un mal trance se hallaran.



¡Viva San Frutos bendito, el de la vellida barba, anacoreta templado y ecologista de fama!



Y aquí termina el romance y lo que en él se relata, que ocurrió, como se ha dicho, en el pueblo de La Lastra.